

## STABAT MATER DOLOROSA

Dentro de los recuerdos más vivos que permanecen grabados en la memoria, cuando pienso en la Semana Santa Marinera, se hace inevitable trasladarme a un momento particular que cada año se repite. Nos situamos entorno a la medianoche del Viernes Santo al Sábado Santo, tras este día central, intenso y agotador para el Marítimo.

La procesión del Santo Entierro lleva ya más de cinco horas por la calle. Hemos presenciado la sucesión de hermandades y cofradías y, sobre todo, hemos contemplado pausadamente y transformado en oración cada uno de los pasos e imágenes que, de forma dramática pero bellísima, nos asoman al Misterio de la Pasión y Muerte de Cristo.

La abarrotada calle de la Reina, a la altura de la tribuna de autoridades (allí está mi domicilio familiar), se va despejando, pues muchos de los que se han acercado a nuestros barrios han comenzado ya a regresar a sus casas. Se hace tarde, el día ha sido largo, los más pequeños ya se duermen en los brazos de sus padres y el viento fresco que se levanta a estas horas en estos últimos días de marzo –recién estrenada la primavera-, no hace apetecible la estancia en nuestra calles, cercanas al mar.

Entonces, en el corazón del que contempla el cortejo procesional, todo cambia. Termina la sucesión de las imágenes de Cristo crucificado, con los diferentes títulos que recibe en nuestras parroquias, sobre “las mejores andas del mundo”, en la conocida expresión de Martín Domínguez, que son el pecho de sus portadores, según la costumbre particular de llevar a los “Cristos” en nuestro pueblo. Y tras la imagen del descendimiento aparece el rostro de la Madre.

Nos dice el evangelio de san Lucas que, tras la muerte de Jesús, cuando José de Arimatea fue a pedir permiso a Pilato para bajar el cuerpo de la cruz, “toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho y todos sus conocidos y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo todo esto” (Lc 23, 48-49). Pero Juan, el cuarto evangelista, asociado por la tradición cristiana con el discípulo amado, nos señala con precisión teológica que “junto a la cruz estaba su madre” (Jn 19, 25).

En medio de esta multitud que nos hemos congregado en esta tarde-noche santa para hacer memoria del entierro de Cristo, meditando los Misterios de su Pasión, la presencia de esta mujer, la Madre del Crucificado, trae a nuestro interior unos sentimientos profundos de paz, consuelo y esperanza. A su paso la figura de María, en su Angustia, Dolor y Soledad, acompañada bajo la luna llena de Pascua de sus vestas y granaderos, nos hace entrar, en el corazón mismo del Triduo Pascual, en la experiencia y los sentimientos de esta mujer fiel, entregada y abandonada en Dios.

El Sábado Santo que ahora iniciamos es el día del silencio y del desencanto. Es el día del silencio de Dios, que parece esconderse tras la muerte, el que es la Palabra enmudece ahora en un sepulcro. Es el día del desencanto de los discípulos de Jesús, pues tienen la impresión de que Dios se ha vuelto mudo y les ha defraudado. Junto al fracaso ante las expectativas creadas con el Maestro, que manifestarán después los de Emaús (Lc 24, 21-24), se añade la vergüenza de éstos por haberle negado y

abandonado, por haber huido. Es la derrota de los pobres, la tristeza profunda del corazón de los discípulos, la llama de la fe que vacila ante el soplo fuerte de los vientos contrarios.

Todos hemos vivido muchos Sábados Santos en nuestra vida y en la historia que nos toca vivir. Son los días en que hemos sentido a Dios lejos o nos hemos visto lejos de Dios. Son los días en que, como sucede simbólicamente en la calle a estas horas, nos hemos marchado a nuestros asuntos dejando a nuestras espaldas a Cristo muerto por nosotros. Son los episodios en nuestra vida que ante el dolor, el sufrimiento o la muerte no hemos encontrado la cercanía de Dios, el consuelo de la fe o la presencia de la Iglesia. Es también el “Sábado Santo de la historia” las ocasiones en que hemos sacado a Dios de nuestro mundo, de nuestro día a día, y de nuestra sociedad laicista y descreída.

Escribo estas líneas a pocos días de los atentados de París y cuando sobre el mundo se cierne la sombra de la guerra y de la violencia indiscriminada. Volvemos a preguntarnos ahora, en esta noche de la historia: ¿dónde está Dios?

Pero en medio de la oscuridad, del vacío, del frío sinsentido y del abandono de muchos, es el momento en que aparece Ella, la madre de la confianza, de la fe y del abandono en Dios. Todos los sábados del año se han convertido en el día semanal dedicado a la Virgen precisamente, por este sábado en el que nos adentramos. El paso de la imagen de María al pie de la Cruz y de las Dolorosas nos hace escuchar la voz de Jesús en la cruz que nos repite: “Ecce Mater tua. Aquí tienes a tu Madre” (Jn 19, 27).

Ella, como dijo el cardenal Carlo M. Martini, “en el Sábado del silencio de Dios, es y permanece siendo la Virgen fiel y nos consigue la consolación de la mente; en el Sábado del desencanto, es la Madre de la Esperanza y nos obtiene la consolación del corazón; en el Sábado de la ausencia y de la soledad, es y continúa siendo la Madre del Amor y nos obtiene la consolación de la vida”.

Jesús, en su vida, lanzó una pregunta a sus discípulos: “¿Cuándo venga el Hijo del Hombre, encontrará fe en la tierra?” (Lc 18, 8). Esta noche nos la podemos responder... Si viene Cristo a mi encuentro en mis sábados santos y en los del mundo ¿encontraría esta fe? En el primer Sábado Santo la respuesta hubiera sido afirmativa. Porque todos los discípulos habían caído: Judas el traidor se cerró a la posibilidad de ser rescatado por Cristo y se ahorcó; Pedro hundido en sus lágrimas amargas pasaba una y mil veces por su cabeza aquellas tres negaciones y aquel ¿por qué, Señor, por qué?; los otros diez, escondidos por miedo a correr la misma suerte que su Maestro, se sentían igual de traidores al haber abandonado a Jesús en el huerto... Pero María, la Madre de Jesús y, desde esta tarde, Madre de los creyentes, había mantenido la lámpara de la fe de la Iglesia encendida. Sí, ella sola... Y en su fe, estaba apoyada y sostenida la nuestra, como decimos cada día en la Eucaristía: “No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia”.

Porque ella, en su dolor y en su aflicción, rota por dentro y con el corazón de madre hecho trizas ante la muerte absurda de su hijo inocente en una cruz, supo mantener su “Hágase en mi según tu Palabra” dado a Dios aquella mañana en Nazaret, prolongándolo también ahora en la tarde del Calvario y en la noche del Sepulcro. Imaginamos que su dolor sería inexplicable, que no habrían razones humanas para

sostenerse, que no podría encontrar argumentos para entender nada, menos aún que en el anuncio del Ángel, que en la noche de Belén, en la huida a Egipto, en el templo cuando Jesús tenía doce años, o ante la respuesta de su hijo en las Bodas de Caná...

Sin embargo, Ella trae al corazón esta confianza: El Padre sabrá; yo no entiendo pero me fío, no sé cómo lo hará pero sé que Dios no defrauda... El Concilio dice que María avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo (LG 58).

Te invito a que este año, cuando veas a María en su dolor, traigas ante ella todos tus sufrimientos y dudas, tus infidelidades y pobreza, tus preocupaciones y limitaciones, para ponerte bajo su mirada maternal y le puedas decir: Madre, sabes que te amamos, que somos pobres y mediocres pero que te amamos, que nos hemos alejado de tu Hijo pero que le necesitamos. Que nuestra vida no es la vida de un auténtico cristiano pero que te queremos, te necesitamos fuerte, Madre, para sostener nuestra fe y para poder seguir, también en la dificultad, poniendo la confianza en Dios y, aunque sin entender, fiados de Cristo y repitiendo en lo profundo de nuestro corazón tus mismos sentimientos: El Padre sabrá... Fiado de ti ¡no quedaré defraudado!

Francisco Ferrer Tapia, Pbro.

Francisco de Paula Ferrer Tapia es sacerdote de la diócesis de Valencia, nacido en el Canyameler y actualmente desarrolla su ministerio como Formador en el Seminario Mayor de nuestra Diócesis en Moncada.
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------